

# La globalización en la norpatagonia andina desde la agricultura familiar\*

## Globalization in Northern Andean Patagonia: A Reading from Family Farming

CAROLINA LARA MICHEL\*\*  
PAULA GABRIELA NÚÑEZ\*\*\*

### Resumen

El escrito explora las raíces históricas de los procesos globales que hoy atraviesan la región

\* Este artículo fue elaborado en el marco del PIP 0838 CONICET en base a la investigación doctoral que Carolina Michel lleva adelante como becaria CONICET.

\*\* Universidad Nacional de Río Negro-CONICET: IIDYPCA. Mitre 630 5to piso (8400) Bariloche, Río Negro, Argentina. cmichel@unrn.edu.ar

\*\*\* Universidad de Los Lagos-Universidad Nacional de Río Negro-CONICET: IIDYPCA. Mitre 630 5to piso (8400) Bariloche, Río Negro, Argentina. paula.nunez@ulagos.cl

andina de la norpatagonia argentina, a la luz de la producción regional a escala de agricultura familiar. Para ello interpela la noción de globalización desde la perspectiva decolonial y de allí indaga en documentos de reconocimiento de producción rural familiar regional. De aquí observa un permanente ocultamiento de lo circunscripto a la escala familiar de lo rural, que se problematiza desde la constitución e impacto de los Censos Nacionales, analizando especialmente el Censo Nacional Agropecuario. Como alternativa a las problemáticas reconocidas se propone un abordaje en clave de conocimiento situado.

**Palabras clave:** Globalización, Norpatagonia andina, Agricultura Familiar, Censos, Historia.

### Abstract

This article explores the historical roots of the global processes that intersect today in the Northern Andean Patagonia region in Argentina, concerning regional production at the scale of family agriculture. To that end, this article addresses the notion of globalization from a decolonial perspective, reviewing archives of regional family rural production. The article observes here permanent concealment of the family-scale of the rural, which is problematized through an analysis of the constitution and impact of the National Censuses, especially the National Agricultural Census. As an alternative to these problems, we propose an approach from situated knowledge theory.

**Keywords:** Globalization, Northern Andean Patagonia, Familiar Agriculture, Census, History.

## 1. Introducción

El presente escrito desarrolla la temática expuesta en el “II Seminario Internacional Globalización y Economías Regionales”. En esa ocasión nos detuvimos en preguntas asociadas a la región norpatagónica argentina, a partir de poner sobre el tapete que las dinámicas globales –de y sobre– la Patagonia tienen raíces profundas. En este punto inscribimos nuestra reflexión en una larga temporalidad, interpelada por la coyuntura presente. Para ello tomamos la noción de globalización desde la perspectiva decolonial, que adscribe a la idea de Wallerstein de economía-mundo (Castro y Grosfoguel 2007; Quijano 2000; Vargas Soler 2009; Cabrera Suárez 2009; Castells 2000, entre otros).

Esto nos ubica en la globalización establecida desde pautas comerciales e intercambios, claramente vinculada a la expansión comunicativa que está dando nuevas dimensiones al término. Pero al mismo tiempo nos coloca en la pregunta por el modo en que los Estados Nacionales se apropian de las dinámicas de la globalización y, a partir de ella, edifican vínculos hacia el interior del territorio.

A lo largo del artículo ambas dimensiones de la globalización se encontrarán en los procesos de exportación, desde los cuales se ubica al país en un contexto local. Pero algo más, la particular comprensión de la globalización en clave nacionalista exportadora resultará en el menoscabo de la agricultura familiar. Indagaremos este aspecto como un proceso, pues buscaremos mostrar que ello se puede observar históricamente a través del análisis de las variables o elementos considerados en los censos poblacionales y agrarios, y tomando a la Patagonia como escenario desde el cual interpelar los procesos citados.

Tomamos los censos, desde un análisis histórico, porque se reconocen como el resultado de un aparato estadístico que habilitó la consolidación del modelo de nación y Estado (Otero 1997; Oszlak 1982) reconocido como matriz de origen de las contradicciones que nos ocupan. Los censos, como herramienta de ocultamiento antes que de caracterización, han sido revisados para evidenciar la negación del trabajo femenino (Quay Hutchinson 2000; Cerdá 2009), en este caso vincularemos este ocultamiento con la parcialidad en la forma de reconocimiento territorial, a partir de indagar en las variables seleccionadas para la descripción estadística del espacio y las actividades que se desarrollan. La globalización interpelada desde la agricultura familiar, y esta, a su vez, indagada desde su paralelismo con el ocultamiento del trabajo femenino, dan cuenta de vínculos que Sydee y Beder (2001) vinculan al paternalismo estructural de la globalización. Así, se ubica a la Patagonia, no desde su exotismo y lejanía, sino como parte de dinámicos más amplios, que impactan en los procesos que contiene.

Desde la pregunta por la globalización, observamos que la Patagonia emerge como un territorio global casi previamente a su incorporación como parte del Estado argentino a fines del siglo XIX. Se trata de un espacio que se estructuró en torno a una producción –la lana– pensada para el comercio exterior a tal punto que prácticamente nada de la misma se industrializó en el país (Coronato 2010; Danklmaier et.al 2013). Desde aquí, la Patagonia resulta asimilable a otro territorio argentino, el chaqueño, donde la extracción de tanino de los quebrachales también tuvo como destino el mercado exterior (Zarrilli 2008). En este punto, los dos grandes espacios que se integran tardíamente al territorio

nacional<sup>1</sup>, y que son incorporados a través de avances militares, emergen como territorio de extracción, otorgando una gran profundidad histórica a los críticos procesos socioambientales que en el presente están interpelando las nociones de globalización y extractivismo (Svampa y Viale 2014).

A lo largo del presente artículo, recorreremos este proceso a la luz de otro que parecería antagónico, la agricultura familiar. Presentaremos el modo en que la noción de “agricultura familiar” se construye en diálogo con el establecimiento de paradigmas globales sobre desarrollo rural (Conti 2015), en el sentido referido al modo en que el Estado se apropia de dinámicas globales para su propia organización, así veremos cómo la forma que adoptan estas nociones en una zona particular del territorio estudiado, la región andina de la Patagonia norte, remiten a la temática de género para comprender el nudo que imbrica los diferentes niveles citados. Básicamente se revisará cómo el ocultamiento de la agricultura familiar recorre caminos que se encuentran con el ocultamiento del trabajo femenino, permitiendo ver cómo no se trata solo de un olvido, sino de un modo de estructurar la población que, en el marco referencial de la globalización, parecería emerger como el único destino posible.

A partir de allí avanzaremos sobre las luces y sombras que se producen en la práctica interpelando a los censos como constructores

básicos del Estado para dar cuenta de lo que existe. En este caso reconoceremos la forma en que se omite deliberadamente el relevamiento de la agricultura familiar como parte de la estructura productiva del país para, llamativamente, dar cuenta de la misma en términos de falencias, retrasos y deficiencias en general. Desde aquí volveremos a reflexionar sobre la globalización, mostrando que aún desde los conceptos que se presentan discutiendo los órdenes de acumulación, como la agricultura familiar, se construye un reconocimiento sesgado que incide en el fortalecimiento de las estructuras de acumulación más extractivistas y, en el caso de la Patagonia, antiguas, permitiendo que la globalización se confunda con una historia que en este escenario parece presentarse como destino natural.

## 2. La noción de “agricultura familiar” y “globalización”

La noción de agricultura familiar en sí tiene una marca “global” desde su origen. Según Schiavoni (2010), la agricultura familiar es una categoría acuñada por científicos sociales europeos evocando al modelo agrícola francés de la segunda posguerra en el que la “industrialización” de la agricultura se hizo sobre la base de una fuerza de trabajo y un capital esencialmente familiar. La autora reconoce en la definición un impulso del Estado que buscó propiciar explotaciones medias e incluir la profesionalización y tecnificación de la agricultura en todas sus escalas. Desde las adopciones estatales, la agricultura familiar deviene en escala global de intervención, y la globalización, desde el caso que nos ocupa, adquiere un sesgo estatal para comprender la forma en que lo global deviene local. Diversos

<sup>1</sup> La integración territorial de Argentina se dio en diferentes períodos. Más de la mitad del actual territorio nacional (las actuales provincias de Misiones, Chaco, Formosa, La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego, parte de Jujuy y Salta y el sur de Mendoza) se integran al concierto nacional a fines del siglo XIX, cuando el Estado ya se había organizado, y a partir de un avance militar que destruyó poblaciones y culturas en uno de los genocidios más estudiados en el país.

trabajos reconocen la adopción de este término “agricultura familiar” para América Latina en la década de 1990, en un contexto de descentralización y retracción del Estado y de organización territorial de los procesos económicos (Nogueira y Urcola 2013). Desde este marco local, la noción de agricultura familiar en el escenario patagónica adquiere caracteres cambiantes (Conti 2015), y resulta una suerte de espejo a la pregunta que cruza la globalización con las economías regionales en tanto, en las planificaciones ligadas al término, se abandona la referencia a la influencia europea y al foco puesto en la acción estatal, apelando a elementos que plantean enraizarse en tópicos profundamente locales, en tanto su referencia ineludible y simplificada apela al “agricultor familiar [como] todo aquel sujeto que vive en el medio rural y trabaja en la agricultura junto con su familia” (Nogueira y Urcola 2013:98, refiriendo así a su cultura e identidad social.

La relevancia de la escala de la agricultura (o producción) familiar es un aspecto reconocido en estudios rurales argentinos (Feito 2013). Desde aquí, y apelando a elementos diferentes, también es un plano generalmente reconocido por ser vistos como uno de los principales proveedores de alimentos, garantizadores de la soberanía alimentaria, base del sostenimiento de la forma de vida y de prácticas culturales. Desde instituciones de influencia mundial, como FAO (“Food and Agriculture Organization” - Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) e IICA (Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura – OEA), por citar dos de las más influyentes, se editan sistemáticamente obras que tras la denominación de “agricultura familiar” introducen apelativos o alternativas como “Las agriculturas familiares y los mundos

del futuro” (Sourisseau 2016) o “Agricultores familiares. Alimentar el mundo, cuidar el planeta”<sup>2</sup>. La globalización, en términos de redes de producción rural, contiene a la agricultura familiar como una de sus escalas de registro.

En este punto podemos reconocer un doble deslizamiento. El primero es el pase del modelo europeo de intervención estatal hacia elementos locales. Donde lo global se eclipsa y se plantea la caracterización del reconocimiento de la articulación y cooperación entre pobladores, ubicando a las dinámicas de la agricultura familiar como parte de lo que convierte en sostenible esta forma de vida. El segundo deslizamiento es un retorno a lo global, pero de una nueva forma, ya que se plantea como una base local de una mirada internacional ligada a la pregunta por la sustentabilidad. Desde este doble juego hay varias publicaciones que dan cuenta del éxito de iniciativas asociativas en Patagonia (Galer et.al 2017; Conti y Núñez 2012; Bendini y Steimbregger 2013) vinculando ese éxito a la adopción de la agricultura familiar como escala de trabajo. Desde allí incluso se rescata el valor de la intervención técnica mediando en estos procesos. Easdale et.al. (2009), por ejemplo, analizan niveles significativos de eficiencia a la luz de los condicionamientos locales de producción en estas estructuras organizativas. Sin embargo, estos valores parecen eclipsarse en las propias valoraciones de los actores locales, que en sus acciones permiten reconocer resistencias y resignificaciones, pero que en sus dichos

<sup>2</sup> Este título fue publicado por FAO y replicado en numerosos repositorios internacionales, a partir de 2014, definido como el año internacional de la agricultura familiar. Estos archivos pueden consultarse en [www.fao.org/family-farming-2014](http://www.fao.org/family-farming-2014); [www.fao.org/agriculture/crops/mapa-tematica-del-sitio/theme/spi/es/Family-Farming-2014@fao.org](http://www.fao.org/agriculture/crops/mapa-tematica-del-sitio/theme/spi/es/Family-Farming-2014@fao.org).

aún presentan horizontes que no discuten el modelo de desarrollo propuesto/impuesto desde dinámicas globales, que ya no apelan a la agricultura familiar como cambio, sino que asumen el capitalismo como destino.

Para comenzar a desentrañar este proceso, vale destacar que, en Argentina, este paso de una mirada gestada exteriormente a demandas reconocidas localmente se reconoce en los hitos temporales surgidos del análisis de las políticas de desarrollo rural. Lattuada (2014), por ejemplo, ubica desde mediados de la década del '60 hasta avanzada la década del '80 una preocupación por el desarrollo rural latinoamericano anclado en preceptos delineados desde los organismos internacionales de financiamiento, con propuestas muy rígidas, que fueron en desmedro de la comprensión de los procesos locales. Esto se modifica a partir de la década del '80, con énfasis diferenciados en el reconocimiento de productores locales dependiendo de la región. Espacialmente, en Argentina la pregunta por lo local se trabajó mayormente en la región noroeste, ligada a conflictividades campesinas. Este fue el área desde la cual se comenzó a llamar la atención sobre la relevancia de revisar los procesos domésticos en clave de género, a través de las líneas de financiamiento internacional ideadas a finales de la década del '80. En Patagonia, los programas específicos más relevantes se reconocen a finales de la década del 2000, cuando en 2009 con el PRODERPA se plantea un programa para

(...) pequeños productores rurales mayores de catorce años que producen para la subsistencia o para el mercado; incluye también a beneficiarios que, aun cuando pudieran estar por encima de la línea de pobreza en un momento dado, son altamente vulnerables ante cambios en las condiciones ambientales o de mercado típicas de la

Patagonia; e incluye también a comunidades aborígenes, población rural en general y a jóvenes y mujeres rurales pero sin establecer un componente específico para atenderlos. (Lattuada 2014:31).

Con todo esto, y tomando políticas con raíces de, al menos, 10 años, dos aspectos de la producción rural de agricultura familiar, en el área que nos ocupa, resultan llamativos. Por un lado, la relevancia de esta escala como elemento estructural de la producción, llamando la atención sobre lo tardío de las políticas específicas respecto de otros espacios del mismo país; y por otro que su escala, su informalidad y su vinculación a formas culturales locales son argumentos para justificar su invisibilidad aún en el presente.

Las principales producciones regionales, tomadas como emblemáticas, evidencian estos elementos. En la zona norte de los andes patagónicos, sobre todo en la provincia de Neuquén, las prácticas de trashumancia caprina tienen registros muy tempranos. Daus (1947), como principal referente de los estudios geográficos de mediados de siglo XX en el país, buscó recorrer las economías de las regiones marginales, y toma el caso andino neuquino como uno de los puntos centrales. En su descripción habla de las zonas casi inhabitables para los humanos, pero que de hecho están habitadas. Estos humanos, que habitan zonas inhabitables, son los que se ocupan de esa economía que entonces no es tan económica, o que, por focalizar dinámicas de intercambio internas, no parece terminar de reconocerse como relevante. El tipo de animal, el tipo de manejo, justifica una falta de reconocimiento que aún abre paradojas. Silla (2009), por ejemplo, reconoce en la trashumancia del norte neuquino identidades porosas que tienden a ser algo que no termina

de fijarse como argentino, chileno, amigo, enemigo, ladrón o comerciante.

La escala, la modalidad, la costumbre parecen enemigas hasta de patrones morales de racionalidades en actividades que la autora reconoció como ataques desde los Estados nacionales argentino y chileno a este conjunto poblacional. Michel y Núñez (2017) dan cuenta de la respuesta estatal vinculada a los programas internacionales citados en Lattuada, cuando en un escenario de contradicciones, donde a la difícil demarcación de pertenencia se suma una compleja y vulnerable tenencia de la tierra, se propuso como solución el trabajar en una marca que propicie la comercialización del denominado “chivito criollo”. Es decir, planteando como resolución a las pertenencias parciales, las jerarquías raciales y de género, el desigual acceso a la tierra, la creación de una marca de origen, remitiendo al inicio de la globalización patagónica, esto es, definir el desarrollo propiciando como salida el avance sobre un esquivo mercado, idealmente internacional.

El mismo sesgo reconocemos en la producción en general. Diversos estudios sobre el desarrollo y la organización territorial regional en la zona andina elaboran temporalidades ligadas a la comercialización antes que a los elementos y redes de producción familiar, que se suponen constituyentes de la identidad local en la zona del Paralelo 42° (Méndez 2010; Danklmeier et.al. 2013, Valtriani 2008). Este espacio, donde además se observa un clivaje en los avances turísticos ligados a procesos inmobiliarios y apropiaciones privadas del paisaje, en diálogo con procesos más tempranos en la zona de Bariloche (Cobelo 2017; Núñez 2018a), se encuentra desde hace años con fuertes conflictos internos vinculados a intereses

sectoriales con diferentes concepciones de desarrollo.

Es interesante el modo en que este conjunto de elementos se reconoce la producción de fruta fina, la cual resulta ilustrativa sobre las formas de ocultamiento de la capacidad de la agricultura familiar, que llamativamente se instala como fundamento de identidad. Hay un acuerdo en ubicar los inicios de la actividad en la década del '60, cuando se plantea la comercialización (Méndez 2010) aunque los inicios de estas plantaciones encuentran antecedentes en la década del '40. Es notable como la visibilidad depende de la posibilidad de comercialización en lógicas formales. Danklmaier et.al. (2013) avanzaron en un análisis FODA con los principales actores productivos de la región, y observan en relación a esta producción, que se describe como una de las más emblemáticas de la zona, que la calidad de la producción local es superlativa respecto del resto del país, que su comercialización se da desde una valoración al producto que tiene que ver con la identidad local, pero a pesar de todo esto, se observa que “La producción “casera” de procesados mueve un volumen importante de producto en el mercado informal. No existen actualmente registros estadísticos de este sector” (Danklmaier et.al. 2013:34), refiriendo a que tampoco hay conocimiento de la producción denominada de “autoconsumo”, a pesar de la amplia red de intercambio entre productos domésticos, como parte de la traza de informalidad, que se ha observado como parte de la trama de resiliencia en un marco de inestabilidad que se presenta como característica de la zona (Núñez 2017; Cobelo 2017; Danklmaier et.al. 2013).

Tanto en relación con la producción hortícola como a la frutícola los diversos estudios reiteran la

relevancia de los mismos en el orden doméstico, e incluso la caracterización de la distribución de los terrenos se vincula a una práctica hortícola usual en los órdenes familiares de la región (Danklmaier et.al. 2013). Es interesante como se escribe que el autoconsumo parece contrario a la comercialización en la valoración de la producción. Cuando se indica, respecto de la Comarca Andina del paralelo 42° que

La horticultura no es una actividad que aporte gran volumen a la producción regional de la Comarca, pero sin duda forma parte de la configuración de su imagen productiva. La horticultura a escala familiar es generalizada. Además, el “hacer huerta” es, tanto para los pobladores tradicionales como para quienes han llegado recientemente, parte de la cotidianeidad productiva. (Danklmaier et.al. 2013: 48).

La producción doméstica, base de la agricultura familiar, pertenece al orden constitutivo de la identidad productiva, pero no al reconocimiento oficial o mercantil, evidenciado en la reiterada mención a la falta de datos, de conocimientos sobre la particularidad y sobre estadísticas concretas que permitan conocer la efectiva dimensión de la producción cosechada y procesada. Más llamativamente aún es la ausencia de referencias a producciones relacionadas con la silvestría, como la recolección de hongos, de enorme importancia en la economía doméstica de muchos hogares, y asociada a uno de los productos más valorados de la región.

De este modo, aún con décadas de promoción específica a la agricultura familiar, lo más básico de la misma se considera aún hoy fuera de la producción. La paradójica sobredimensión del mercado como fuente de respuestas frente a las contradicciones de la economía local se repite en la pregunta por producciones con más de 70 años en la región. Las mismas existen sólo si salen al mercado, más allá de su historia.

La mirada sobre lo meramente comercial nos pone frente a discusiones propias de la economía de género (Mellor 2002) que reconocen que es, justamente, la producción que no sale al mercado la que constituye la matriz identitaria de las sociedades rurales. La salida al mercado se inscribe en prácticas sociales más amplias, igualmente relevantes, pero esta vinculación no se ve como parte de la lógica productiva, a pesar de haber sido el foco de las políticas de desarrollo que durante más de 20 años se propusieron poner en evidencia este carácter productivo-reproductivo fluctuante de la agricultura familiar (Sourisseau 2016; Rodríguez Flores 2015; Rojo y Blanco 2014).

Esta mirada nos ubica en los desafíos que la economía feminista ha buscado revisar, lo cual no debería sorprender dado que la matriz desconocida se basa precisamente en trabajo mayormente femenino e infantil, en estructuras muchas veces marcadas por sesgos patriarcales (Rodríguez Flores 2015), cuyo reconocimiento se aleja de visiones que presuponen la armonía como parte de visiones idealizadas de la agricultura familiar (Cobelo 2017). Valtriani (2008), como ejemplo de lo mencionado, recorre una de las actividades para las cuales se proponen financiamientos de promoción concretos desde la década del '80, la silvicultura, una actividad ineludible en tanto estamos en escenarios que son descriptos como “sociedades del bosque” (Méndez 2010). Frente a la producción comercializable, la autora reconoce que

(...) existe una silvicultura con un enfoque social, a partir de la participación de la comunidad, con una visión sistémica del bosque y las plantaciones, en cuanto a la toma de decisiones sobre la gestión de sus recursos naturales, con la integración de la familia como núcleo de la empresa y con un fuerte componente de género. Estas experiencias

son muy locales y no se han articulado a nivel territorial. (Valtriani 2008:278)

Así, en una práctica maderera que nos remite a los orígenes del establecimiento urbano de las poblaciones locales (Méndez 2010), ligada a prácticas familiares cotidianas, el conjunto de actividades asociadas ni se articula a las políticas del sector, ni se terminan de conocer en forma cabal, como para darle un marco político para promover su desarrollo. Esto parece contrapuesto al sentido que la propia autora reconoce en la actividad, y sobre todo al paradójico sentido global-local que buscamos revisar en este artículo, pues la autora presenta el debate sobre el desarrollo y la actividad forestal en clave global en tanto se planea desde los foros internacionales. En este punto, el trabajo de Valtriani recorre la forma en que los bosques y la Silvicultura pueden contribuir a reducir la pobreza y la inseguridad alimentaria, donde el documento de FAO (2003) plantea la posibilidad de avances concretos que en 2003 proyecta en 2015 para la región que nos ocupa. Valtriani permite volver la mirada al cruce agricultura familiar y sustentabilidad en perspectiva global-local desde los usos de bosques nativos, propios del área patagónica indagada, que en el mundo se están reduciendo. Para la autora, la pregunta por la silvicultura, con foco en la agricultura de subsistencia, que tiene como eje la actividad familiar, permite revisar dinámicas de riesgo de los bosques frente a los cambios climáticos mundiales y su impacto en los sistemas agrícolas-forestales.

Según la FAO (Food and Agriculture Organization), los recursos forestales contribuyen directamente a la subsistencia humana y pueden complementar otros componentes clave para la reducción de la pobreza, como por ejemplo la producción de alimentos, la educación y la atención primaria de la salud. Los bosques pueden, además, generar oportunidades comerciales y

posibilidades de empleo para las pequeñas y medianas empresas, y constituir un punto central para el desarrollo de un buen ejercicio del gobierno local a través de la gestión y la participación. Para ello, es necesario profundizar en un enfoque centrado en la gente y en el redimensionamiento del rol que los bosques y los árboles tienen en la mitigación de la pobreza (FAO 2003). Hay datos estadísticos que grafican claramente el panorama: 1600 millones de personas en el mundo dependen de los recursos forestales para su subsistencia. (Valtriani 2008:48).

Con todo esto, la falta de datos sistemáticos sobre las producciones familiares, invisibilizando en forma reiterada esta parte de la producción de la región andino patagónica, nos vuelve a la pregunta por el título de este apartado ¿qué es la agricultura familiar?, ¿cómo se articula a fenómenos de globalización? La respuesta parecería ser una escala sobre la cual se ha escrito mucho pero que, aún en estudios actuales, se reconoce como ignorado.

Es más, las nuevas miradas sobre la producción e intervención, ligadas a conceptos como innovación o diseño de territorios inteligentes, permiten reiterar la ilusión de un desarrollo rural sin sujeto, en tanto el reconocimiento de lo innovador se basa en lógicas, o bien empresariales, o bien científicas (Albornoz 2009); opuestas a las valoraciones que se suponen estructurantes de la agricultura familiar. En este punto hay una reiteración a las contradicciones ya expuestas en la evaluación de las políticas desarrollistas en relación al mundo rural, pues la pregunta por el desarrollo no termina de hacer un detalle de la complejidad local en tanto se presupone un modelo de desarrollo pre-dado, ligado a supuestos mercantiles inscriptos en un imaginario de capitalismo global, donde lo local debe adaptarse, más que inscribirse desde sus particularidades. Y la medida de la pertenencia es el mercado. La inversión, la comercialización y la ganancia siguen siendo



la medida central y exclusiva desde la cual se continúan estableciendo las mediciones de lo que existe.

Esto remite al origen citado como referencia a la globalidad local, la campaña de conquista de fines de siglo XIX. Navarro (2004) señala que esta campaña fue marcadamente moderna en su concepción, siendo además acompañada por un grupo de científicos que catalogaron plantas, animales y rocas, como parte de una práctica de investigación que pre-asumía la necesidad de aniquilar personas como base misma de la posibilidad de conocer. Esto, más que con una metodología de investigación, se sustentaba en la vinculación que se reconocía entre la población, la forma de habitar y la posibilidad de inversión y comercio. Así en la introducción a los textos de la Comisión Científica que acompaña el ejército de 1879 se plantea que

Era necesario conquistar real y eficazmente esas 15.000 leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto... que la más asustadiza de las asustadizas cosas del mundo, el capital destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura... que no experimentase recelo en lanzarse sobre las huellas del ejército expedicionario y sellar la toma de posesión por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas. (Ebelot 1881: XI)

El objetivo era (y es) la ubicación local del capital de inversión y el establecimiento de redes de comercialización. Ahora bien, no puede dejar de mencionarse que esta intención, en la región Patagónica, estuvo limitada por un claro nacionalismo. Tras la conquista, y superado el conflicto con Chile por la delimitación de límites patagónicos en 1902, las fronteras del sur se abrieron para propiciar el comercio internacional, marca indiscutida del desarrollo en ambos países. Sin embargo, a partir de la guerra de 1914, y en línea con políticas chilenas y argentinas de centralización del control

territorial, las fronteras se cerraron, quebrando los lazos económicos y dejando espacios de economía subordinados, en contra de toda la retórica previa (Méndez y Muñoz 2013; Núñez y Azcoitia 2011). La pregunta, en relación a las dinámicas de globalización que estamos recorriendo, revisa los modos en que esta sobrevaloración del mercado, circunscriptos en Patagonia a sesgos racistas, sexistas y nacionalistas, parece repetirse, introduciendo en la globalización que hoy nos toca una fuerte historicidad que, al menos para la región patagónica, opera como una naturalización del ocultamiento de la producción de la agricultura familiar local así como de los vínculos en los que se constituye. Y ello tanto por la globalización del comercio, es decir la atada al capital, como por la globalización estatal vinculada al modo institucional de construir la mirada argentina sobre la agricultura familiar y la producción rural doméstica. La sistemática falta de referencia al intercambio con Chile en todas las reflexiones productivas y de ordenamiento territorial, son ejemplo de ello.

En este punto podemos sugerir que la mirada sobre la construcción histórica del espacio nos ayuda a entender el por qué la relevancia de los/as actores/actrices de la agricultura familiar tardan en reconocerse en la Patagonia, respecto de otras regiones del país (Lattuada 2014). La historia permite reconocer un carácter diferenciado del territorio que se proyecta en sus pobladores, con largos antecedentes en el tiempo (Girbal Blanca 2008). Ahora bien, la pregunta que se desprende de aquí es qué elementos permiten la pervivencia de esta estructura de integración desigual, y la hipótesis que exploraremos es que estos elementos están en la base misma de reconocimiento de lo que existe en el país, esto es, en los censos

sobre la producción agroganadera, a los que se remite como fuente de datos para caracterizar la producción de la agricultura familiar en los sucesivos documentos que dan cuenta del desarrollo en la región que nos ocupa.

### 3. Cómo se ve y cómo se reconoce. Los censos y la construcción oficial de lo invisible

La pregunta por la globalización tiene ribetes particulares al ser interpelada desde la historia censal. Los censos en Argentina se comienzan a relevar en el siglo XIX, y en ellos es claro que antes que ver lo que efectivamente existía, se planteaba el recorte necesario para presentar el país al mundo. Esto se resolvía, por una parte, tomando metodologías de relevamiento y recorte que permitieran hacer comparaciones entre Argentina y el resto del mundo, y por otra, omitiendo lo que se consideraba antagónico al desarrollo que se buscaba mostrar. Algunos ejemplos que dan cuenta de este carácter de recorte puntual se encuentran en el reconocimiento poblacional. Por ejemplo, en 1869, año en que se hace el primer censo nacional de población, se decide no relevar pueblos originarios por considerarlos opuestos al desarrollo que se buscaba propiciar en el país. Así se toman datos sobre lo que se evalúa como positivo a un desarrollo delineado antes de que efectivamente exista. No se trata de omitir territorios. En la región patagónica, por ejemplo, no se censa a nadie, con excepción de la población galesa asentada en la cuenca del río Chubut, por considerar que son los únicos que representan el modelo de argentinidad que se busca demostrar para el país (de la Fuente 1898: XXI).

elementos simbólicos en el establecimiento de parámetros desde los cuales medir. Un ejemplo de ello es el grado de urbanidad y ruralidad que presenta la Argentina. Su construcción data de mitad del siglo XIX cuando se decidió tomar modelos estadísticos italianos para el país. La medida de la urbanización era indicador de progreso y se suponía que esto fomentaría la inmigración. Así se decidió que lo rural sería todo asentamiento que presentara menos de 2000 habitantes, número que hoy permite decir que poseemos un 93% de urbanidad<sup>3</sup>. El autor observa cómo el discurso estadístico en el siglo XIX estaba atravesado por la corriente medicionista de la teoría social, a la que se consideraba capaz de suministrar datos confiables y objetivos para el desarrollo de los pueblos, y a su vez, una serie de saberes de apariencia puramente técnicos. Sin embargo, detrás de creer al número como neutro, el aparato estadístico no solo intentó registrar lo que hay en un espacio delimitado, sino que terminó definiendo matrices mentales y discursivas que desempeñaron un papel simbólico importante en la creación y difusión de una determinada imagen de la sociedad y de la nación (Otero 1997:124). En esta misma línea, Oszlak (1982:153) observa que las estadísticas se convirtieron en parte del núcleo irradiador de medios de comunicación y articulación social, “cuya difusión tentacular facilitaba las transacciones económicas, la movilidad e instalación de la fuerza de trabajo y la internalización de una conciencia nacional”, en una vocación de anclar lo local en lo global.

González Bollo (2007) se detiene en el modo en que los intereses económicos median los

Otero (1999) afirma que desde el comienzo del sistema estadístico pueden reconocerse

<sup>3</sup> En otros países latinoamericanos la medida de ruralidad se toma desde una suma de parámetros, que introducen modalidades de trabajo y comercio y no sólo demografía.

recortes que decide la estructura estadística. Recorre el modo en que la Sociedad Protectora de la Inmigración, la Sociedad Rural Argentina, la Bolsa de Cereales de la Ciudad de Buenos Aires y la Unión Industrial Argentina, fueron los primeros grupos de intereses organizados que propusieron indagatorias específicas a problemas puntuales que poseían estas organizaciones. Ellos cumplieron un papel decisivo en el levantamiento de los primeros censos agropecuarios y en la creación de las oficinas responsables de una estadística anual inmigratoria, agropecuaria e industrial. El mundo del trabajo es otro ítem que permite ver la introducción de sesgos disciplinadores, que en este caso revisaremos en clave de género. Las labores masculinas se toman como profesiones, analizándose qué tipo de profesionales están armando el país, y ubicando allí los “curanderos y curanderas” (de la Fuente 1872: XLIV) como actividad relevante.

El trabajo femenino, citado como “costureras, lavanderas, tejedoras, planchadoras, cigarreras, amansadoras” (de la Fuente 1872: XLV), se plantea como población que “espera con incertidumbre el sustento de jornal”. Así, en este primer censo, es muestra de debilidad el trabajar para las mujeres, y es condición de crecimiento del país el trabajar de los varones. Como elemento de debilidad se observa la prostitución, que se presenta como caso extremo de la fragilidad femenina, y se liga a otros problemas también relevados, como los amancebamientos<sup>4</sup>, los niños huérfanos o los hijos ilegítimos.

El segundo censo general realizado en la Argentina es de 1895 y se caracteriza por

registrar datos poblacionales como también, biofísicos, agropecuarios, industriales y comerciales. Es por ello que se lo titula como “Censo de la Riqueza y de la Población”. Cabe destacar que incluye el relevamiento de las catorce provincias argentinas junto a los nueve territorios nacionales. A su vez, se incluye el número de habitantes indígenas, los que no habían sido censados por encontrarse “por fuera del imperio de la civilización” (de la Fuente 1898: XXI) y que ahora se presentan como parte del país como resultado del avance militar citado.

Este censo muestra que la población masculina respecto de la femenina es mayor, y que la República Argentina ocupaba en ese año uno de los primeros puestos en las cifras relativas a la diferencia proporcional entre los sexos, “... lo que es indudablemente ventajoso teniendo en cuenta el trabajo del hombre, más activo y mejor remunerado, que contribuye en mayor grado que el de la mujer al engrandecimiento y prosperidad de la nación” (de la Fuente 1898: XXXVIII). Sin embargo, en contraposición a lo arriba expresado, hay un posicionamiento de la mujer como necesaria para el país. Por ejemplo, en la instrucción escolar, el censo reconoce la importancia de conocer el estado de instrucción elemental dividida por sexos, “puesto que es sabido que, en muchas naciones, dándose una grande preferencia al sexo masculino, se priva á la más bella parte de la humanidad de los beneficios de la instrucción, dejando en la ignorancia á las madres de las generaciones futuras” (de la Fuente 1898: XXXVIII). Así el reconocimiento de lo femenino no es por su posibilidad de llevar progreso a la nación, sino por ser las madres de las futuras generaciones. Este lugar de madre y esposa es explícitamente relevado y articulado a diferentes variables. De

<sup>4</sup> Parejas no legalmente casadas

hecho, se clasifican “Las mujeres argentinas y extranjeras, casadas y viudas, según sus años de matrimonio y número de hijos” (de la Fuente 1898: CXXIV), se omite la referencia de 1869 a las amancebadas.

Este censo se detiene en el crecimiento del número de solteros que presenta la población argentina respecto a la extranjera, encontrando que el número de varones solteros es mayor al de mujeres. La explicación pasa por el rol que ocupa la mujer en el matrimonio. Respecto de esto, el censo explica “la mujer extranjera siempre ayuda á su marido en el trabajo diario y se convierte así, en un elemento de producción y no en una carga pesada” (de la Fuente 1898: CXXIV) pero

“los argentinos, por el contrario, no tan laboriosos y más pródigos, encuentran menos facilidades para formar una familia, y se abstienen más del matrimonio, en el cual, por lo general, la mujer sólo es conservadora de los bienes producidos por el trabajo del marido, pero casi nunca trabaja por sí misma, resulta así que, en la mayoría de los casos, es un elemento de consumo, pero no de producción industrial” (de la Fuente 1898: CXXIV).

Cabe destacar que, aun reduciendo a la mujer como elemento de producción, le reconoce una potencial capacidad productiva que trasciende el orden doméstico. Aún más, este censo afirma que estas diferencias y explicaciones son evidenciadas por los datos estadísticos, y no que esto es una interpretación más entre otras posibles. Nuevamente, aquí se da cuenta, cómo bajo la neutralidad del número se esconde una intencionalidad, en este caso, la de mostrar una jerarquía entre clases al posicionar al extranjero por encima de lo nacional y una jerarquía entre sexos, al ubicar al hombre por encima de la mujer. Esto también va a estar justificado a partir del número de propietarios de bienes raíces que posee el país, siendo proporcionalmente

más alto el número de hombres adultos y extranjeros los propietarios, razón para estar lo suficientemente orgullosos como nación.

El censo nacional de 1914 evidencia aún con mayor claridad el modo en que los recortes son formas de ver y ocultar. En relación al trabajo, la forma de registrar la población con profesión según sexo es homologable al previo, pero arroja un dato llamativo y es que el número de mujeres sin profesión aumentó. Pero, a diferencia del censo anterior donde esto significaba un problema para la nación, aquí se lo simplifica a explicar que “Dentro de la organización de todo pueblo civilizado, la mujer, tiene su base natural en el hogar, en el que es señora y reina; al hombre corresponde pensar en las necesidades de la familia” (Martínez 1917: 253). Básicamente se decidió censar el trabajo femenino sólo en los casos donde no hubiese un varón aportando a la estructura doméstica.

En relación al trabajo de la mujer en Patagonia, encontramos un avance, en tanto los cuadros incorporan la pregunta por el trabajo masculino y femenino en los territorios nacionales, sin embargo, el impacto de desestimar cualquier iniciativa femenina, en cuanto la familia tuviera como principal ingreso el del varón, impactó con especial fuerza en los territorios nacionales. La conclusión de este censo es que para 1914 la inmensa mayoría de las mujeres patagónicas no trabajaba. No se niega el hacer de la mujer, directamente lo grafican como no-trabajo, omitiendo su importancia y desconociendo la estructura social de esfuerzo que hace la vida posible en la región. Los formularios censales y las preguntas esgrimidas a la población se realizan con categorías basadas en un modelo de sociedad masculina que oculta especialmente el trabajo rural femenino, omitiendo labores que

no terminan de ser reconocidas como parte de un trabajo diario en el fortalecimiento de un estereotipo de mujer trabajadora urbana, aún con los escasos guarismos relevados.

Estas profundas raíces de negación del trabajo femenino se ligan, en parte, a las contradicciones en el reconocimiento de la agricultura familiar. Núñez (2018b) explora cómo el valor femenino se inscribe en el romance y el folclore. En esta línea, los numerosos trabajos que dan cuenta del necesario esfuerzo, mayormente femenino que en la actualidad sostiene la agricultura familiar (Schiavoni 2010; Papuccio 2011; Siliprandi y Zuluaga 2014; Siempre Vivas 2015), sin llegar aún a un reconocimiento estadístico, sin encontrar en la historia referencia al mismo (Biaggi et.al. 2007), nos ubica en el ocultamiento decidido en nombre de un desarrollo global, que en este punto se presenta con reminiscencias a una desigualdad de larga data.

Ya centrándonos en el tema que nos ocupa, cabe mencionar que los datos del agro han sido sistemáticamente relevados. El primer Censo Nacional Agropecuario (CNA) fue realizado en el año 1888 y se lo considera como "...la primera investigación seria que se ha hecho en nuestro medio respecto de su agricultura y ganadería, ofreciendo las bases para el conocimiento claro del estado del país" (INDEC 1983). Sin embargo, recién en 1895 se realizó el Censo Nacional General que abarcó al sector agropecuario en su relevamiento, que se incluyeron a todos los territorios nacionales. A partir de aquí, los CNA lograron instalarse en Argentina como una cuestión de Estado y fueron realizados cada una o dos décadas aproximadamente, implementándose el siguiente en 1908. En 1922 y 1930 se establecieron censos ganaderos nacionales: el primero sirvió de base para iniciar

el empadronamiento de productores, el cual fue nuevamente realizado en 1974. Desde 1922 en adelante se realizaron otros censos nacionales agropecuarios, con una distancia intercensal de entre una y dos décadas, según el contexto social y político de cada época.

Al igual que los censos en general, los CNAs han estado atravesados por la imagen que el país se propone respecto del mundo. De modo que no es menor la forma en que se incorporan variables definidas a nivel mundial. Cabe mencionar, entre las principales influencias a la FAO, que desde 1950 lleva adelante un Programa Mundial para el Censo Agropecuario que son incorporados a los censos argentinos. Desde el mismo promueve el uso de estándares internacionales para conceptos, definiciones y metodologías. A esto se suma que, en Argentina, a partir de 1952 los censos comenzaron a realizarse de forma descentralizada y cada gobierno provincial o territorial fue responsable directo de las tareas en sus respectivas jurisdicciones, aunque se mantuvo la centralización normativa.

La historia censal, no sólo da cuenta de una forma de medir, sino también de una geopolítica estructurante de la misma medición. González Bollo (2007) muestra que los primeros modelos de censos agropecuarios fueron recogidos por Eduardo Olivera, presidente honorario de la Sociedad Rural Argentina, de sus viajes por Europa, ya que se creía que los estadísticos nativos no poseían suficientes conocimientos en la materia.

Actualmente podemos encontrar cómo esta mirada externa y transnacional sigue presente a la hora de elaborar los censos. Para el caso de los censos agropecuarios es llamativo que, a partir del año 2002, Argentina agradece

explícitamente a los lineamientos de las propuestas de la FAO a los cuestionarios de los censistas. Para el último CNA, el del año 2008, el armado de la encuesta censal se interpelló desde el lugar que ocupa cada especie productiva en la economía mundial. Se listaron así los primeros 25 productos originados en el sector agropecuario argentino (productos primarios agropecuarios y de manufactura de origen agropecuario) a nivel país y los 8 primeros a nivel regional entendiendo que estos dan una representatividad de lo regional. Por último, se comparó si los productos más exportados tienen alguna relación con las categorías de relevamiento de los formularios censales.

Los resultados describen las características básicas de las actividades agrícolas, ganaderas y forestales de todas las explotaciones agropecuarias (en adelante EAP) del país, las variables económicas y financieras de la empresa agropecuaria, y también permiten identificar y cuantificar las nuevas formas de organización de la producción agropecuaria. El CNA cuenta con un glosario (INDEC 2008a) y un Manual del Censista (INDEC 2008b) donde clarifica el significado de cada categoría a relevar. Allí estableció que se censará a la EAP, la que definió como la unidad de organización de la producción, con una superficie no menor a 500 m<sup>2</sup>, que produce bienes agrícolas, pecuarios o forestales que son destinados al mercado.

Este punto es central para el tema que nos ocupa. Los sucesivos CNA no miran qué se produce, sino que recortan exclusivamente lo que sale al mercado. El Censo 2008, atravesado por el creciente reconocimiento a la agricultura familiar, hace una nueva aclaración, cita que explícitamente va a omitir aquellas explotaciones que producen bienes para el

autoconsumo y que nunca destinan excedentes para su comercialización (INDEC 2008a). Toda la esfera social, identitaria, forjadora de lazos sociales, base de subsistencia, origen de manejos sustentables, fuente primaria de alimento en cada región, se deja afuera de lo reconocido como riqueza para el país, aún en un contexto de fuerte valoración a la actividad.

Este relevamiento sesgado tiene su correlato en el tipo de especies que se relevan en el CNA 2008. Este censo dividió al territorio a través de sus provincias conformando cinco delimitaciones espaciales, con importantes similitudes respecto de censos anteriores. Los grupos de regiones, propuestos para ambos censos fueron: PAM: integrada por las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, San Luis, Entre Ríos y La Pampa, NEA; integrada por las provincias de Misiones, Corrientes, Chaco, Formosa, NOA: integrada por las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y La Rioja, CUY: integrada por las provincias de Mendoza y San Juan y PAT: integrada por las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. Aun cuando todas las regiones poseen especies productivas, unas regiones incluyen más variables de relevamiento que otras. Esta diferencia en las variables está asociada a que algunas especies poseen más variedades que otras o a diferencias en sus ciclos productivos lo que les confiere distintas cantidades de variables para relevar a cada una. Esta forma de reconocimiento diferenciado introduce más elementos respecto del disciplinamiento de la mirada respecto de la agricultura familiar, ya que se toman como foco de interés las especies de mayor comercialización, no son precisamente las producidas en esta escala. Toda la retórica del valor de la agricultura familiar se desdibuja en los recortes productivos.

La Tabla 1 presenta las especies mayormente reconocidas en cada espacio.

**Tabla N°1.** Producciones con mayor número de características según región.

Producción	PAT	PAM	NEA	CUY	NOA
Tabaco	-	4 variable	16 variable	-	12 variable
Manzana	84 variable	4 variable	-	16 variable	4 variable
Pera	52 variable	4 variable	-	16 variable	4 variable
Limón	-	28 variable	28 variable	-	40 variable
Naranja	-	64 variable	64 variable	-	64 variable
Aja	2 variable	2 variable	2 variable	9 variable	2 variable
Vid	8 variable	4 variable	-	244 variable	8 variable
Mandarina	-	70 variable	58 variable	-	58 variable
Pamela	-	40 variable	22 variable	-	40 variable
Algodón	-	4 variable	16 variable	-	7 variable
Cañaveral	-	4 variable	4 variable	-	59 variable
Parota	-	4 variable	4 variable	7 variable	19 variable
Girard	4 variable	11 variable	4 variable	7 variable	7 variable
Trigo	4 variable	15 variable	8 variable	-	4 variable
Maíz	6 variable	13 variable	10 variable	9 variable	13 variable
Oliva	-	8 variable	-	20 variable	8 variable
Lechuga	2 variable	2 variable	2 variable	13 variable	2 variable
Sarza	7 variable	9 variable	9 variable	3 variable	7 variable
Saja	4 variable	11 variable	4 variable	4 variable	7 variable
Cebada	10 variable	6 variable	-	13 variable	6 variable
Plantación de te	-	-	19 variable	-	-
Plantación de yerbamate	-	-	24 variable	-	-
Ovinar	33 variable	30 variable	30 variable	30 variable	30 variable
Llamar	-	-	-	-	18 variable
Bavinar	50 variable	50 variable	50 variable	50 variable	50 variable

Elaboración propia sobre la base del Censo 2008

Las producciones incluidas en la tabla N°1 son las que poseen mayor número de variables en los cuestionarios censales. Al poseer más variables se obtiene más información, pero esta información también difiere según la región. Por ejemplo, en NOA, hay 40 variables que

describen al limón a diferencia de NEA y PAM que está caracterizado por 28 variables o PAT y CUY que no poseen ninguno. En este sentido, cada región marca qué es lo productivo y cuanta información obtener. Además, se destaca que PAM es la región que contiene más especies de interés, de hecho, es la que más comparte con el resto de las regiones, siendo referencia del modo de reconocer el resto del país. La “pampeanización” de la Argentina se establece desde el censo, donde más que medir lo que hay parece medirse cuanto se parece o no a la región pampeana. De aquí se observa que las regiones con más especies productivas son, históricamente, las áreas de mayor conectividad y reconocimiento político.

La forma de preguntar también cambia de región en región y de producción en producción. Así, en los cultivos para grano, oleaginosas, cultivos industriales, monte frutal o legumbres se pregunta por la superficie implantada (ha), superficie cosechada (ha) y por la producción (t) de cada especie. En el caso de las forestaciones se evalúa la cantidad de plantas, la superficie implantada (ha), la edad dividida en tres estratos (menos de 9 años, de 9 a 19 años y más de 20 años), la superficie talada/raleada (ha) y la producción (m). Sin embargo, para las hortalizas, flores de corte, aromáticas y medicinales solamente se pregunta por la superficie implantada (ha) de las especies, sea ésta bajo cubierta o a campo.

Hay una diferencia vinculada a lo regional pero también al tipo de producción, lo cual puede asociarse con una diferencia en el tipo de mercado al que apuntan, que se repite en el modo de presentar en la región a las propias producciones. El nivel de disciplinamiento se descubre cuando esta lógica vuelve a aparecer

en los talleres participativos, mostrando el impacto de esta mirada en la construcción social de la valoración de la producción. Básicamente, las que mayores datos tienen son las referidas a las de mayor salida al mercado agroexportador. Las de consumo local son menos relevadas en tanto incluyen menor número de variables para determinarlas.

En el caso de la actividad pecuaria se da una diferencia regional pero también una vinculada a la especie ganadera. Por ejemplo, los bovinos incluyen 50 variables en todas las regiones a diferencia de los ovinos los que poseen entre 30 o 33 variables según la región. Aquí podemos ver cómo una producción pecuaria, la bovina, se la intenta describir con más variables que a la ovina, propia de los sistemas que nos ocupan. Del mismo modo que los ovinos poseen mayor número de variables en un cuestionario que en otro mostrando una diferencia regional. En este sentido, el peso de lo regional, caracterizado por las diferencias o similitudes entre especies presentes en los cuestionarios se hace evidente al ver que son pocas las especies compartidas por todas las regiones. Todas las regiones poseen categorías para la descripción de los bovinos, ovinos, caprinos, equinos y porcinos, pero cambia el número de variables según la región. Los ovinos, por ejemplo, sólo se diferencian por razas en PAT, donde únicamente se pregunta por Merino y Corriedale. Así, aún con un relevamiento que refiere a numerosas especies, las producciones exportadas son las que presentan el mayor número de variables en los espacios que entonces se pueden pensar como definidos a partir de presuponerlos como territorio de producción para la exportación. Como fuerza de globalización, sigue siendo el mercado y comercio internacional el que marca la mirada sobre lo interno.

Más interesante que esto, en relación a la pregunta por la agricultura familiar, es lo que no hay, pues no se encuentran variables ni elementos en los censos que den cuenta de producciones nativas (plantas, animales, prácticas culturales) por fuera de lo estrictamente productivo mercantilizado. Por ejemplo, cuando se pregunta por las razas en ovinos solo se relevan aquellas exóticas que pertenecen mayormente a las grandes estancias como la raza Merino y la Corriedale, pero la raza Criolla o Linca de gran importancia en los pequeños productores y para las mujeres rurales no está presente (Lanari et.al. 2012).

En cuanto a los caprinos no se pide especificación de raza mostrando el poco valor productivo en contraposición al ovino o a otras producciones donde se pide un detalle exhaustivo de cada variedad, en línea con la limitada valoración estatal de la trashumancia del norte neuquino vinculada a esta producción. Este tipo de actividad se corresponde con la de los pequeños agricultores. Tampoco se relevan variedades de papas andinas, maíces andinos o criollos las que están presentes en casi todas las regiones o la producción de quínoa y amaranto de gran importancia en NOA, pero que también se puede encontrar en todas las otras regiones, por dar algunos ejemplos. Esta exclusión termina por dejar afuera buena parte de la producción apoyada en la estructura familiar que hereda el carácter marginal desde la cual fue medida y valorada a lo largo de los años. Estos datos, dan cuenta de la invisibilización que poseen las producciones realizadas particularmente por este sector, datos que deberían ser tenidos en cuenta al entender el reconocimiento que tuvo esa forma de vida y de producción por parte del Estado nacional en los años anteriores. Sin embargo, los documentos que



plantean indagaciones sobre agricultura familiar difícilmente reflexionan sobre estos sesgos. Así, por ejemplo, Muzi (2013) inicia la caracterización de la agricultura familiar patagónica, como parte de los trabajos realizados y publicados desde el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), señalando que “En este trabajo se pone a disposición del lector información construida con énfasis en aspectos cartográficos sobre la base de los datos que brinda el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2001 y el Censo Nacional Agropecuario de 2002” (Muzi 2013:10).

No hay planteos vinculados a que lo observado es apenas una sombra, en tanto no son herramientas pensadas para ver lo que se pretende. Los gráficos van progresivamente recortando lo inscripto como agricultura familiar en lo ligado a una tenencia pequeña, precaria, descapitalizada y con trabajo informal, todos elementos que reiteran el imaginario de la falencia, eclipsando el potencial que la propia bibliografía que toman como antecedente, reclama visibilizar. La visión de género sobre la agricultura, presente en numerosos manuales con herramientas concretas para dar cuenta de estos procesos (Rojo y Blanco 2014), termina ausente en la presentación final del mundo de la agricultura rural patagónica.

#### **4. ¿Cómo seguir? Preguntas abiertas sobre globalización y agricultura familiar**

Decíamos al inicio que adoptamos una perspectiva decolonial para pensar la globalización proyectada sobre Patagonia. En esta línea los resultados presentados son consistentes con la observación de Castro y Grosfoguel (2007) que vinculan los procesos globales a la constitución de

geo-culturas que resultan ámbitos constitutivos del capitalismo a través del cual se jerarquizan poblaciones y sus actividades. Así, las economías regionales indagadas no son invisibilizadas sólo por la matriz extractivista que atraviesa la historia patagónica, sino que dan lugar a una cultura que emerge y se configura enlazada y no derivada de los procesos de economía política, y reafirma una estrecha relación entre capitalismo y cultura. La agricultura familiar se inscribe en procesos capitalistas, y desde allí resulta oculta y negada desde un mercado que aparece como referencia omnipresente, en nombre de una cultura que, en la naturalización de su desdibujamiento, no sólo da las bases, sino que actualiza en cada uno de los clivajes económicos el dinamismo de apropiación que, paradójicamente, se dice discutir.

En este punto, la mirada sobre el caso patagónico nos lleva a otro punto de la perspectiva decolonial. El reconocimiento del papel fundamental de las epistemes que coexisten con simultáneas formas de producir conocimientos. La pregunta por las jerarquías epistémicas se inscribe en lo presentado en los censos. Los censos del siglo XIX explicitan que en lo que se reconoce se supone la imbricación entre status socioculturales y económicos. Quijano (2000) infiere de los procesos latinoamericanos que la dominación/explotación norte/sur se funda en una estructura etno-racial de poder de larga duración -constituida desde el siglo XVI por la jerarquía dual europeo /no europeo- que el capitalismo ha contribuido a configurar. Las desigualdades de género y ambientales han sido incorporadas, en un diálogo directo con el tema que nos ocupa. Aquí podemos encontrar un reflejo en las asimetrías intra regionales que los censos no intentaron superar, al continuar relevando en mayor medida las producciones

agropecuarias que pertenecen a las cadenas de valor con salida al mercado internacional, como si fuesen parte de un orden natural y predado. Se desconoce, en este proceso que el no relevar prácticas propias de la agricultura familiar, o las lógicas propias de producciones de intercambio y consumo, genera dificultades en el diseño de políticas que atiendan realmente sus problemáticas, y las ubica en un sitio de permanente crisis, lo cual contrasta con la larga permanencia que evidencia su simple existencia, pero que resulta sistemáticamente atacadas desde análisis censales que a partir de no relevarlas en forma correcta llega a conclusiones que apelan a nociones como “ineficiencia”<sup>5</sup>. Paz (2014) contrasta el término “agricultura familiar” con el de “campesino”, observando que el carácter crítico al desarrollo del segundo, la agricultura familiar resulta una conciliación con el orden económico que plantea mejorar o resolver.

Los términos a los que apela este autor resultan ordenadores en la reflexión final que buscamos llevar adelante. Paz vuelve su mirada a los actores señalando que

(...) el agricultor familiar difícilmente opondrá resistencia y generará conflicto ante el avance del desarrollo capitalista, puesto que su racionalidad económica es la misma que la lógica del capital. Así el término agricultura familiar resulta cómodo para el actual desarrollo capitalista que tiene su epicentro en la región pampeana. (Paz 2014:27).

<sup>5</sup> Cabe mencionar denuncias actuales de numerosos agrupamientos, como la Unión de Trabajadores de la Tierra, que bajo estos elementos actualmente sufren limitaciones en su inscripción legal a la comercialización, sufriendo un ocultamiento mayor de su propia actividad, además de un agresivo avance de la frontera sojera que los vuelve a ubicar como víctimas trágicas y pasivas de la modernización, desconociendo su agencia, que los/as propios/as actores/actrices refieren a los términos de la FAO como base indiscutible de la relevancia de la agricultura familiar en la lucha contra la malnutrición y la pobreza. <http://uniondetrabajadoresdelatierra.com.ar/2018/06/29/mas-recortes-de-derechos-para-la-agricultura-familiar/>

De allí plantea que la noción de agricultura familiar se fue “pampeanizando”, esto es invisibilizando lógicas contestatarias de quienes inscriben movimientos rurales en dinámicas que apelan a lo campesino como contrario al orden expansionista de una producción expansiva de monocultivos, esto es aún más extremo cuando el concepto de “pampeanización” se reconoce asociado al uso discrecional del glifosato (Dominguez 2016), en un proceso que nuclea contaminación, extractivismo y ocultamiento de alternativas.

Desde lo visto observamos una circularidad. Podemos decir que la recurrente invisibilidad a la producción enclavada en lo doméstico, caracterizada de informalidad en tanto no se tienen herramientas que decidan dar cuenta de la misma, que no se va a formalizar en tanto no cambie su lógica constitutiva. Por ese carácter deja de ser base para pensar el desarrollo, lo cual resulta consistente a los procesos de “pampeanización” que Paz (2014) reconoce. La visión de los actores inscriptos en la idea y en la política de la agricultura familiar, se enmarcan en la propia lógica que los oculta. Se trata de lo que Femenías y Soza Rossi (2011) denominan como una ubicación conceptual “desidentificada” y “autodesplazada”, que nos identifica con marcas prohibidas u ocultas, y así nos constituye sin darnos el sitio de ser eso que buscamos significar.

La Patagonia que revisamos tiene un doble carácter como territorio. Por un lado, ser un espacio binacional, transitado y vivido en dinámicas horizontales que juntan montaña con estepa, ligando dos océanos. Pero el otro es el carácter andino, dado que focalizamos en detalles de valles entre montañas. Esto abre preguntas sobre las particularidades del

ocultamiento, para pensar las miradas. El ocultamiento recorre líneas generales, pero lo que queda detrás, afectado por esa generalidad, se configura desde particularidades. La Norpatagonia andina resultó marcada por un imaginario de territorio vacío que aún hoy opera como traba a la dinámica del desarrollo rural en la zona (Cobelo 2017). Resulta dudoso que ello se replique en otros escenarios andinos, con provincias como Mendoza y Salta que hacen de lo agrario el foco de su atractivo y plantean la construcción de oasis como parte de la naturaleza. Es claramente, un tema abierto, que cruza escalas, políticas y prácticas, y genera interrogantes.

Porque precisamente, la materialidad de las prácticas no se pierde en los registros locales. E incluso se reconoce como valor folclórico de la matriz identitaria, pero es prístino el modo en que los indicadores y variables de los censos deciden no ver esta materialidad. Desde su negación se establece el discurso Estatal, vinculado a los preceptos de los organismos internacionales que desde otros lugares inscriben la denominación de “agricultura familiar”, reiteran lógicas de apropiación y construcción capitalista extractivista, excluyente, actualizando los sesgos raciales, sexistas y nacionalistas constituyentes del espacio.

Así, lo que “se ve”, desde la globalidad del capital o la del Estado, es el dinamismo del mercado, sin discutir el modo en que esto invisibiliza aquello que se plantea valioso desde una lógica alternativa, que no termina de cobrar un reconocimiento que efectivamente permita interpelar la desigualdad que se plantea corregir y tomando el éxito en la salida al comercio (idealmente internacional) como

supuesto aún respecto del desarrollo rural y el desarrollo sostenible. El autoconsumo no está presente, como tampoco las redes de cooperación y solidaridad. No está el territorio de lo femenino, a pesar de muchas décadas de reclamo, reconocimientos alternativos, programas gubernamentales específicos y una declamación a su valoración (Biaggi et.al 2007).

Pero hay algo más en relación al cruce con la mirada decolonial, y es la profundidad histórica de estos procesos. Nos ubicamos en una escala y en una producción cuyos problemas no se originan en la coyuntura que da origen al término globalización, ubicado en la década del '90 (Cabrera Suarez 2009; Castells 2000), sino en un dinamismo mucho más profundo, que la mirada decolonial inscribe en un mundo que se reconoce aún colonizado en diferentes formas, con patrones coloniales de poder que configuran relaciones jerárquicas de larga duración.

La mirada sobre el mercado, que en los parámetros actuales de globalización se reconoce negando como actividad económica una producción y mercado informal, mayormente en manos femeninas, ubicado en los órdenes domésticos, permanentemente mezclando lo productivo y lo reproductivo, es la que se naturaliza como marca del desarrollo aún en los procesos participativos, donde se convoca a los pobladores ubicados en la categoría de “agricultor familiar”. Dentro de la trama conceptual, donde la noción de agricultura familiar se liga a nociones como desarrollo sustentable, agroecología, equidad, el ocultamiento y la opacidad reconocida al primero se replica en el resto. Como Paz (2014) indica, hay algo de la interpelación contestataria que se desdibuja en los términos de la agricultura familiar. Frente a esto, que parecería ubicar

al mercado en una anatema, la propuesta del “conocimiento situado” (Femenías y Soza Rossi 2011; Haraway 1988) sugiere una alternativa para esta paradoja, que básicamente reniega de la pretensión de objetividad y de neutralidad como base de un universalismo que se ubica entre los pilares de la globalidad epistémica. Se trata de construir un lugar ambiguo desde el cual establecer la mirada, porque el sitio de objetividad arrastra violencias y negaciones. Para construir el concepto de “saberes situados” Haraway (1988) apela a la metáfora de la mirada. Ella va a insistir en que cada mirada tiene un carácter corporal, y el cuerpo marcado propio es constituyente de la mirada. La mirada muestra marcas, además de lo que se mira.

La pretensión de una mirada objetiva, que oculte las marcas, supone una auto institución de negación de las marcas, y eso es para todas las personas que apelen a esa construcción desconociendo su ser como mujer, en caso de serlo, como productor/a rural, como habitante de un escenario colonizado, o como miembro de cualquier categoría reconocida como subalterna desde un orden hegemónico. Hay un orden de experiencias opuesto al relato, como lo venimos recorriendo desde el principio.

La mirada depende, por un lado, del poder ver y, por el otro, de la violencia que cruce las prácticas de visualización donde a la mirada se suma la toma de datos, desde los cuales se permite visualizar, ya como gráficos de barras o tortas, el proceso de desarrollo que se toma

como autoevidente. Esta perspectiva abre el camino, para comprender, en primer lugar, la circulación de los saberes técnicos occidentales a nivel global y cómo ellos se tornan híbridos localmente. En la hibridación vista, lo local adjetivando lo “doméstico” o “familiar” de la agricultura no termina de romper los límites del folclore, pero no deja de estar. Al interpelar esta hibridación, al devolver a los/as actores/ actrices la mirada, sincerando la propia como investigadoras, podría habilitarse el analizar la negociación no solo política sino también técnica que tiene lugar en el terreno a partir de la actuación de las partidas demarcadoras. En este punto los censos resultan el cruel espejo de la invisibilidad, al tiempo que se presentan como un horizonte de disputas que emerge al reconocerlo.

La aparente paradoja de una globalidad de larga duración, que en su reconocimiento oculta, nos inscribe en los desafíos de la cotidianeidad patagónica de preguntarnos por los órdenes locales desde los procesos globales. Tal vez esta particularidad deba ser contrastada desde las similitudes de espacios cercanos, o relacionados. Similares pero diferentes, como otras áreas andinas u otras regiones de integración tardía. Pensar en modos de ver, marcas de miradas y cuerpos que miran las experiencias, que discuten desde la práctica la forma y el sentido de lo económico, son los desafíos sobre los que buscamos avanzar, tomando como primer paso la pregunta por las dificultades de dar ese primer paso.

## Bibliografía

- Albornoz, M. 2009. "Indicadores de innovación: las dificultades de un concepto en evolución". *Revista iberoamericana de ciencia tecnología y sociedad* 5(13): 9-25.
- Bendini, M. y Steimbregger, N. 2013. "Territorialidad campesina en el sur de Argentina. Cambios productivos y laborales como formas de resistencia". *Eutopia* 4: 25-44.
- Biaggi C., Canevari, C. y Tasso, A. 2007. *Mujeres que trabajan la tierra. Un estudio sobre las mujeres rurales argentinas*. Buenos Aires: Secretaría Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Cabrera Suárez, L. 2009. "América Latina y la globalización". *Opinión Jurídica* 8(16): 33 - 46
- Cerdá, J.M. 2009. Los Censos históricos como fuente para el estudio de la participación femenina en el mercado. El caso de la provincia de Mendoza a comienzos del siglo XX. *Mora* 15: 53-72.
- Castells, M. 2000. "¿Es sostenible la globalización en América Latina?". *Debates* Vol. 1. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castro Gomez, S. y Grosfoguel, R. 2007. "Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico". *El Giro Decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Castro y Grosfoguel (Eds). Bogotá: Siglo del Hombre. 09-24.
- Cobelo, C. 2017. *Transformaciones territoriales en los Andes Patagónicos. El caso de las zonas rurales de El Bolsón, Río Negro*. Doctorado en Ciencias Agropecuarias. Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Conti, S. 2015. *Procesos psicosociales de subjetivación en experiencias asociativas y autogestivas rurales. Casos recientes en la zona andina y en la línea sur rionegrinas*. Tesis Doctorado en Psicología Socio-comunitaria. Facultad de Psicología. Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Conti, S. y Nuñez, P. 2012 "Poblaciones de la Estepa rionegrina, el desafío de superar un pasado folklorizado y ser reconocidos como agentes económicos". *Revista Artemis* 14: 144-155.
- Coronato, F. 2010. *El rol de la ganadería ovina en la construcción del territorio de la Patagonia*. Tesis doctoral. Escuela Doctoral ABIES. Francia: Paris TECH.
- Danklmaier, C.; Heinrichs, W. y Riveros, H. 2013. *Activación territorial con Enfoque de Sistemas Agroalimentarios Localizados (AT-SIAL): La Comarca Andina del Paralelo 42°*. Argentina-México: IICA.
- Daus, F. 1947. "Trashumación de montaña en Neuquén". *Anales GAEA* 8(2): 383 - 426.
- de La Fuente, D. 1872. *Primer Censo Argentino. 1869*. Buenos Aires: Ministerio del Interior.
- \_\_\_\_\_. 1898. *Segundo Censo de la República Argentina. 1895*. Buenos Aires: Ministerio del Interior.
- Domínguez, D. 2016. "Territorialidades campesinas entre lo heterónimo y lo disidente: formas de gestión de la producción y tenencia de la tierra en el campo argentino". *Política & Trabalho Revista de Ciências Sociais* 45: 67-84.
- Easdale, M., Aguiar M., Román M., Villagra S. 2009. "Comparación socio-económica de dos regiones biofísicas: los sistemas ganaderos de Río Negro, Argentina". *Cuadernos de Desarrollo Rural* 62: 173-198.
- Ebelot, Albert. 1881. "Introducción". *Informe oficial de la comisión científica agregada al estado mayor general de la expedición al río Negro (Patagónia)*. Doering (Dir.). Buenos Aires: Imprenta de Osvaldo y Martínez. VII-XXIV.
- FAO. 2003. Situación Forestal en la región de América Latina y el Caribe 2002. Santiago de Chile; FAO. Disponible en: <http://www.fao.org/docrep/pdf/009/ah493s/ah493s.pdf> (consultado octubre 2018)
- Feito, M. (2013). Agricultura familiar para el desarrollo rural argentino. Avá. n.23, on line. Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/158834205.pdf> (Consultado octubre 2018).
- Femenías, M.L. y Soza Rossi, P. 2011. "Para una mirada de género situada al sur". *Saberes situados / Teorías trashumantes*. Femenías y Soza Rossi (Comp.) FaHCEUNLP: La Plata. 938
- Galer, A., Manavella, F.; Bottaro, H; San Martino, L. y Casiraghi, L. 2017. *Aportes al desarrollo rural en Patagonia Sur*. Trelew Chubut: Ediciones INTA.
- Girbal Blanca, N. 2008. "Desequilibrio regional y políticas públicas agrarias. Argentina 1880-1960". *Páginas revista digital de la escuela de historia* 1(2): 1-28.
- González Bollo, H. 2007. *La estadística pública y la expansión del estado argentino: una historia social y política de una burocracia especializada, 1869-1947*. Tesis de doctorado en Historia. Buenos Aires: Universidad Torcuato Di Tella.
- Haraway, D. 1988. "Situated Knowledge: The Science Question in Feminism as a Site of Discourse on the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies* 14 (3): 575-599.
- INDEC. 1983. *La actividad estadística en la República Argentina 1850-1983*. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.
- \_\_\_\_\_. 2008a. *Cuestionario del censista, Censo Nacional Agropecuario 2008*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.
- \_\_\_\_\_. 2008b. *Manual del censista, Censo Nacional Agropecuario 2008*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.
- Lanari M.R., Reising C., Monzón M., Subiabre M., Killmeate R., Basualdo A., Cumilaf A.M., y Zubizarreta J.L. 2012. "Recuperación de la oveja Linca en la Patagonia Argentina". *Revista AICA* 2: 151-154.
- Lattuada, M. 2014. "Políticas de desarrollo rural en la Argentina. Conceptos, contexto y transformaciones". *Temas y Debates* 27: 13-47.
- Martínez, A. 1917. *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1° de junio de 1914*. Buenos Aires: Ministerio del Interior, República Argentina.
- Mellor, M. 2002. "Ecofeminist economics. Women, Work and

the Environment". *Women & Environments* 54: 07-10.

Méndez, L. y Muñoz Sougarret, J. 2013. "Alianzas sectoriales en clave regional. La Norpatagonia argentino-chilena entre 1895 y 1920". *Araucania-norpatagonia, la territorialidad en debate: perspectivas ambientales, culturales, sociales, políticas y económicas*. Nicoletti y Núñez (eds.). San Carlos de Bariloche: IIDyPCa. 152-167.

Méndez, J.M. 2010. *Sociedades del bosque. Espacio social, complejidad ambiental y perspectiva histórica en la Patagonia andina durante los siglos XIX y XX*. Tesis de Maestría. Maestría en "Teoría y Metodología de las Ciencias Sociales". Buenos Aires: CLACSO-FLCASO.

Michel, C. y Núñez, P. 2017 "Planificación y cambio en áreas rurales norpatagónicas". *Reconfiguraciones territoriales e identitarias. Miradas de la historia argentina desde la Patagonia*. Moroni, Funkner, Ledesma, Morales Schmuker y Bacha (coord). La Pampa: Publicaciones de la UNLPam. 258-269.

Muzi, E. 2013. *Atlas población y agricultura familiar en la región Patagonia*. Buenos Aires: Ed. INTA.

Navarro Floria, P. 2004. *Patagonia: Ciencia y Conquista, La mirada de la primera comunidad científica argentina*. Roca: PubliFaDeCS/CEP.

Nogueira, M.E. y Urcola, M. 2013. "La jerarquización de la agricultura familiar en las políticas de desarrollo rural en Argentina y Brasil (1990-2011)". *Revista IDeAS* 7(2): 96-137.

Núñez, P. y Azcoitia, A. 2011. "La normalidad asimétrica de la región de los lagos". *Estudios Avanzados* 15: 55 - 77.

Núñez, P. 2017. "Las políticas territoriales y la construcción de la emergencia." *Espacio Regional* 14 (1): 13-28.

\_\_\_\_\_. 2018a. "Marcas y atractivos en una provincia imaginada. Río Negro, Argentina, 1958 - 1976". *Quinto Sol* 22(1): 1-24.

\_\_\_\_\_. 2018b. "Feminismo de Frontera. La construcción de lo femenino en territorios de integración tardía". *Revista Feminismo/s* 31: 205-230.

Oszlak, O. 1982. *La formación del estado argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Otero, H. 1997. "Estadística censal y construcción de la nación. el caso argentino, 1869-1914". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 16 y 17: 123-149.

Otero, H. 1999. "Demografía política e ideología estadística en la estadística censal argentina 1869-1914". *Anuario IEHS* 14: 43-70.

Papuccio, S. 2011. *Mujeres, Naturaleza y Soberanía Alimentaria*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.

Paz, R. 2014. "Agricultura familiar y sus principales

dimensiones: la pampeanización del término". *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* 41: 5-33.

Quay Hutchinson, E. 2000. La historia detrás de las cifras: La evolución del censo chileno y la representación del trabajo femenino, 1895-1930. *Historia*, 33, DOI:10.4067/S0171-71942000003300009.

Quijano, A. 2000. "Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina". *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*. Lander (comp). Buenos Aires: CLACSO-UNESCO 2000.201-246.

Rodríguez Flores, L. 2015. "El enfoque de género y el desarrollo rural: ¿necesidad o moda?". *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*. 1: 401-408.

Rojo, F. y Blanco, V. 2014. *Guía práctica para técnicos y técnicas rurales el desarrollo rural desde el enfoque de género*. Documento de Trabajo. Buenos Aires: Min. de Agricultura, Ganadería y Pesca - UCAR.

Schiavoni, G. 2010. "Describir y prescribir: la tipificación de la agricultura familiar en la Argentina". *La agricultura familiar del MERCOSUR. Trayectorias, amenazas y desafíos*. Manzanal y Neiman (Comps.). Buenos Aires: Ciccus. 43-60

Siempre Vivas. 2015. *Las mujeres en la construcción de la economía solidaria y la agroecología. Textos para la acción feminista*. Brasil, Sao Paulo: SOF-Fundación Heinrich Böll Cono Sur.

Siliprandi, E. y Zuluaga, G. (Coords.). 2014. *Género, agroecología y soberanía alimentaria. Perspectivas ecofeministas*. Barcelona: Icaria Editorial.

Silla, R. 2009. "Identidad, intercambio y aventura en el Alto Neuquén". *Intersecciones en Antropología* 10: 267-278.

Sourisseau, J. 2016. *Las agriculturas familiares y los mundos del futuro*. San José, C.R.: IICA: AFD.

Svampa, M. y Viale, E. 2014. *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz Conocimiento.

Sydee, J. y Beder, S. 2001. "Ecofeminism and globalisation: A critical appraisal". *Democracy and Nature* 7(2): 281-302.

Valtriani, A. 2008. *Modelos de desarrollo forestal, sus conflictos y perspectivas en el sector de mirco pymes forestales; estudios de caso en la región noreste y centro de la provincia de Chubut*. Tesis Doctoral. Doctorado en Economía. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Vargas Soler, J. 2009. "La perspectiva decolonial y sus posibles contribuciones a la construcción de Otra economía". *Otra Economía* III (4). Disponible en [www.riless.org/otraeconomia](http://www.riless.org/otraeconomia). Consultado en octubre de 2018.

Zarrilli, A. 2008. "El oro Rojo. La Industria del Tanino en la Argentina. (1890-1950)". *Silva Lusitana* 16(2): 239 - 259.